



Cien años de los Ballets Rusos

DANZA ▶ Serguei Diaghilev era, como todos los genios, controvertido y egocéntrico. Pero más allá de sus cualidades personales (o su falta de ellas) está su brillante labor al frente de los Ballets Rusos, que él fundó y con los que revolucionó el ballet a principios del siglo XX.

Diaghilev, un genio bailando con el arte

POR: JOAQUÍN RÁBAGO/EFE
 FOTO: EP

A PRINCIPIOS del siglo XX, desde Rusia, la compañía del empresario Sergei Diaghilev revolucionó el mundo de la danza. El genio de Diaghilev, fundador de los Ballets Rusos, consistió en combinar distintas artes para crear un espectáculo total, que revolucionó la danza clásica, reuniendo en torno suyo no sólo a los mejores bailarines y coreógrafos, sino también a los más destacados compositores, diseñadores y artistas de vanguardia.

Entre los primeros puede citar-

se a Balanchine, Fokine, Massine y Nijinski o su hermana, Nijinska; entre los pintores, a Picasso, a Braque, a Derain, a Giorgio Chirico o a los rusos Leon Bakst, Natalia Goncharova o Mijail Larionov, y entre los músicos, a Stravinsky, a Ravel, a Manuel de Falla, a Satie, a Prokofiev o a Debussy.

Pero la influencia de Diaghilev se extendió también al arte y la moda a lo largo del siglo XX, que llega hasta diseñadores modernos como Yves Saint-Laurent.

Una retrospectiva, que se pudo ver en el Museo Victoria & Albert de Londres y ahora se puede contemplar en CosmoCaixa en Barcelona, combina vídeo, audio y fotografía con proyecciones de antiguas filmaciones de coreografías —por ejemplo la original de 'La consagración de la primavera', de Nijinsky, de 1913, en contraste con otras de coreógrafas más modernas, como la de la alemana Pina Bausch, de 1974—, revivió la excitación que en su día produjeron esos espectáculos tremendamente rompedores.

Así, la coreografía de Nijinsky de esa obra genial de Stravinsky, que incluye el sacrificio ritual en escena de una joven, constituyó en su estreno en París tal escándalo, que sólo hubo cinco representaciones.

Consciente de lo que se le venía encima, Diaghilev dio instrucciones a los bailarines y a la orquesta de que no dejasen de tocar un momento, aunque el público interrumpiese con sus gritos y protestas la representación.

Entre los más de trescientos objetos reunidos destacan dos telones monumentales, ambos propiedad del museo londinense: uno es el creado por Picasso para 'Le train bleu', ballet con música de Darius Milhaud y coreografía de Bronislava Nijinska, que representa a dos mujeres corriendo por una playa.

El segundo, aún más gigantesco, es el que creó la pintora Natalia Goncharova para 'El pájaro de fuego', de Stravinsky, con coreografía de Mijail Fokin, y que representa la silueta de una ciudad medieval rusa.

También se muestran los dibujos que hizo Picasso de figurines para 'El sombrero de tres picos', de Manuel de Falla, o los trajes enormes que diseñó el genio español para el ballet 'Parade', de Erik Satie, con guion del poeta Jean Cocteau y coreografía de Massine.

Esos trajes, con fuertes elementos cubistas, que representaban en un caso un rascacielos y en otro un bulevar arbolado, eran tan vistosos como engorrosos para los propios bailarines, cuyos movimientos dificultaban enormemente.

También Henri Matisse diseñó en una ocasión trajes para los Ballets Rusos, concretamente para un espectáculo inspirado por el cuento 'El ruiseñor', del danés



Mijail Fokine, en un montaje de Diaghilev.



Templos de la danza El Bolshói reabre sus puertas tras 5 años de restauración

La casa mayor de la ópera y cuna del ballet ruso, el mítico Teatro Bolshói de Moscú, subió ayer el telón en su escenario histórico al cabo de más de cinco años de espectacular restauración, en una solemne ceremonia esperada y retransmitida en todo el mundo

150 años

«Fue lo que sucedió hace 150 años y es lo que ha sucedido ahora. Estoy seguro que todo lo que se ha hecho servirá durante muchos años a los ciudadanos de nuestro país y a todos aquellos que aman este teatro», concluyó su intervención Dmitri Medvédev, jefe de Estado ruso.

Incendios y bombardeos

La restauración y remodelación llevó más de cinco años, toda vez que el paso del tiempo —incendios, reformas salvajes y el bombardeo nazi— había puesto en peligro el tesoro nacional ruso y, por ello, el Gran Teatro decidió cerrar sus puertas en julio de 2005.

500 millones

El Gobierno no tuvo reparos en gastarse más de 20 billones de rublos —unos 500 millones de euros— para regresar a 1856, año en que, por orden del zar Alejandro II, el arquitecto francés Alberto Cavo reconstruyó el teatro tras un grave incendio.

Esplendor perdido

Aunque parecía imposible, artesanos, orfebres, pintores, carpinteros y otros maestros en mampostería y estucado dedicaron miles de horas a reconstruir vestíbulos, muros, escalinatas, cimientos y fachada para devolver al Bolshói el esplendor perdido.

Lujo zarista

Ayer, el selecto público pudo subirse a una máquina del tiempo que le llevó directamente a los tiempos del lujo zarista, donde todo brilla como el oro, desde los sillones a los pomos de las puertas, desde los relieves a las lámparas. Los maestros en el tradicional bañado de oro, técnica de filigrana que no debió diferir mucho de la empleada para pintar la Capilla Sixtina, aplicaron 4,5 kilos de papel de oro más fino que el cabello humano para barnizar esculturas, murales y corredores.

72.830 metros

Tras la reforma, la superficie ha pasado de 30.366 metros cuadrados a 72.830, gracias a la creación de nuevos escenarios, vestíbulos, vestuarios y almacenes subterráneos, así como de una nueva sala de conciertos para 330 espectadores.

Andersen, pero quedó tan harto de Diaghilev que se negó a volver a colaborar con él: «Es una serpiente. Sólo se preocupa de sí mismo y de sus negocios», escribió.

Hombre inteligente, homosexual declarado, Jane Pritchard, conservadora del departamento de Teatro y Danza del Victoria and Albert Museum, destacó que Diaghilev —que después de implantarse el comunismo ya no volvería nunca más a Rusia— siempre buscó elementos de «familiaridad» para los públicos de los diferentes teatros de Europa aunque «después le gustaba sacudirlos» y «no huía del escándalo, y puede decirse que había una parte de ingeniería en sus controversias», ha agregado.

La exposición comienza con la vida de Diaghilev en San Petersburgo durante la época imperial, con documentos relacionados con la coronación del último zar y joyas del famoso Fabergé, y documenta hasta sus primeras producciones en París, donde se abrió paso rápidamente, y llega hasta los 20, años en los que los Ballets Rusos lograron un gran prestigio dentro del panorama cultural europeo.

También se muestran en ellas fotografías de las giras por Estados Unidos, América del Sur o España, adonde viajaron los Ballets Rusos en 1918. Muchas de esas imágenes eran propiedad del bailarín polaco Stanislaw Idzikowski, que comenzó a colaborar con los Ballets en 1915, y muestran a los miembros de la compañía en distintos lugares, entre ellos el patio de los Leones de La Alhambra.

Sin embargo, el genial ruso impidió expresamente que se filmara a la compañía porque creía que las películas, al ser en blanco y negro y sin sonido, no podían captar la magia colorista y participativa de las producciones, recordó Pritchard.

Serguei Diaguilev (Rusia, 1872-Italia, 1929) consiguió reunir a los más prestigiosos artistas de vanguardia y crear en 1907 la compañía de danza más completa y revolucionaria del siglo XIX, la cual se convirtió en las primeras décadas del siglo XX en la compañía de ballet de más éxito y una de las corrientes artísticas que más ha influido en la cultura occidental europea.

Fue a partir de 1909 cuando la formación inició sus giras internacionales y en mayo de 1916 llegó por primera vez a España —coincidiendo con la I Guerra Mundial—, concretamente a Madrid y un año después a Barcelona con noventa bailarines, 150 comparsas y figurantes y una orquesta de 74 profesores después de cerrar las temporadas invernales en Montecarlo.

Pero el furor por Diaghilev llega también a Salamanca, donde se puede ver la exposición 'Los Ballets Rusos de Diaghilev y sus influencias en el art déco' muestra su legado y lo hace por medio de

dibujos, esculturas en porcelana, metal, bronce y marfil, vestuario original de los artistas, programas y fotografías de representaciones, escenas y decorados; cerca de 150 piezas, muchas de ellas procedentes de los fondos del State Central Theater Museum Bakhurshin de Moscú, de cuyo muro salen por primera vez.

El director del Museo Casa de Lis, que es además uno de los comisarios de la iniciativa, Pedro Pérez Castro, señaló que «todo el mundo conoce en Europa su trayectoria a partir de 1909», pero ahora también se podrán contem-

plar obras de los grandes pintores rusos del finales del siglo XIX.

'Los Ballets Rusos de Sergei Diaghilev y sus influencias en el art déco', está estructurada en dos espacios: el Museo de la Casa Lis y la Sala de Exposiciones de la USAL.

ORIENTALISMO. El primero de ellos se ha destinado a lo que Pérez Castro ha denominado «orientalismo», en el que, añadió, «Lev Baskts o Anisfeld plasmaron sus creaciones y que influyó de manera decisiva en la moda».

Además, ha significado que los Ballets Rusos «caminaron de la

mano de las vanguardias y revolucionaron para siempre el mundo de la danza».

Por su parte, en la USAL, se exhiben, según explicó Cristina Pita, montajes representados en los teatros imperiales de la Rusia zarista y puestas en escena de teatro privados como el Mámontov, considerado el germen de los Ballets Rusos de Diaguilev, además de vestuarios y escenografías.

La exposición en Salamanca, que fue inaugurada el pasado 4 de octubre, permanecerá abierta hasta el próximo 29 de enero de 2012.



Nijinski, en uno de los espectáculos de los Ballets Rusos.